

Charles Manson, o una fotografía al revés

Tras la demencial figura de Charles Manson, el sádico asesino de Sharon Tate y media docena más de personas, caudillo de una banda de tipos crueles y estrambóticos, ha ido surgiendo un vasto estado de opinión, cada vez más irritado y concreto: el de que el "hippismo", y por extensión el contestatarismo, han sido los causantes de la sangrienta aberración.

El fenómeno es curioso. Y revela el grado de superficial convencionalismo en el que se debate, enjaulada, la posible actitud crítica de la inmensa mayoría de ciudadanos, sustrato social sobre el cual se sostiene la opulenta sociedad de consumo. ¿Es que unas barbas descomunales y una media túnica cochambrosa bastan para convertir en "hippy" a un individuo? ¿Es que ser "hippy" o partidario del "mayo" francés es un automático y único equivalente al pelo largo, las drogas, la promiscuidad, la guitarrería eléctrica? Al margen de su fachada, mera protesta formal antiburguesa sin apenas trascendencia más allá de su pintoresco decorativismo, por otra parte muy divertido, la paz y la no violencia, la libertad, son los primeros e ineludibles postulados del movimiento "hippy".

No sé la determinante con que pasará a la Historia la década de los sesenta. Puede que en cuanto a ciencia sea el viaje a la Luna su cota máxima. Pero moralmente—y no me refiero al sexo, sino a las formas y normas de vida—es muy posible que estos diez años sean los del nacimiento y triunfo de una nueva y amplia conciencia juvenil, que ha replanteado,

con un ímpetu tan poderoso como ingenuo, los viejos principios de dignidad y respeto, de amor del hombre para con el hombre.

¿Acaso Manson es un producto de estos frescos vientos del espíritu? Cuando entró en contacto con los "hippys" de San Francisco era ya una pobre consecuencia de una serie de desquiciamientos familiares, de deformaciones psicológicas y de delincuencia común. Sus ideas actuales, desde el odio hacia el negro hasta la absorbente ambición de ser un cantante, pasando por su delirante mesianismo, nada tienen que ver con la búdica aspiración "hippy", con la lucha a favor de los derechos civiles, con el contestatarismo contra la guerra de Vietnam.

De quien, en realidad, es hijo Manson, es del cuerpo social americano surgido del triunfo de la segunda guerra mundial y de su formidable expansión económica. Hijo del "americano feliz", del que por intereses y patriotismo ha venido sosteniendo la campaña del Sudeste asiático, que ha costado al país cuarenta mil muertos en el pasado decenio... y treinta mil y pico desertores del Ejército. El joven americano de los años sesenta es el que ha dicho, con

Sófocles, que "no creía que las leyes humanas tuviesen una fuerza tan grande como para otorgar a un mortal la facultad de violar las leyes divinas, jamás escritas, pero inmutables". Sólo en 1967 los gastos mundiales relativos al armamento se elevaron a 182.000 millones de dólares, lo que significó el doble de lo dedicado a instrucción pública y el triple de lo invertido en sanidad. El arsenal atómico mundial de hoy se calcula en unos 400.000 megatones, cuando solamente, con unos 35.000 la civilización puede ser destruida. El Gobierno de los Estados Unidos, las Naciones Unidas, nada hicieron, aparte la habitual palabrería, para paliar este desastre. Han sido los "hippys", los universitarios que se agruparon en torno a Eugene Mac Carty, los seguidores de Martín Luther King, los objetores de conciencia llamados a filas, todo este universo joven y variopinto es el que ha repicado la campana de alarma suscitando en la nación una crisis dramática e insostenible ya.

Joan Báez, la gran cantante, dijo, hace algún tiempo: "Pensad cuánto cuesta que un hombre sea capaz de matar. Necesita una escuela propia y adecuada. Tiene que vencer su disgusto, su repulsión hacia la muerte. Hay que enseñarle a no tener ya el sentimiento de culpabilidad. Se le debe decir que el enemigo es un monstruo y no un ser humano con esposa y niños y una casa, como él. Es larguísimo el camino a recorrer para enseñar a un hombre cómo se mata en frío, obedeciendo órdenes. Por lo tanto, la guerra no es ninguna exigencia natural, sino un simple proyecto de muerte que se prepara fríamente. La gente de nuestra generación ya sabe estas cosas y la vieja propaganda bélica no sirve ya." Joan Báez



ha sido considerada, reiteradamente, como una provocadora antinorteamericana, se la ha encarcelado. El prestigio U. S. A., su poderío, lo exigían así. Los Estados Unidos, fabricados y soñados por los padres, causaban la muerte y la rebeldía de los hijos. Pero cuando en su último boletín informativo la dirección del First National City Bank of New York, segundo en importancia del país, ha demostrado con estadísticas y reflexiones, que el gigantesco peso de los gastos de armamento no es ya un estímulo para la economía, sino un freno, se ha producido una amarga sacudida en Wall Street y en el Pentágono: son, ahora también, los financieros quienes se colocan en la misma acera que "hippys" y contestatarios. ¿Serán más comprensibles para los dirigentes y el ciudadano medio las razones económicas que las morales?

El "hippy" no es una segregación enferma de Estados Unidos; sino uno de sus fermentos renovadores—y digo esto sin olvidar su relativa consistencia, su peligro de desintegración a causa de la droga, cuando la toman, y del idealismo nómada—. Charles Manson es quien encarna, por el contrario, los efluvios purulentos de un conjunto social resquebrajado, aunque poderoso.

Quizá sea conveniente comenzar a mirar al revés las fotografías de Charles Manson.

aquí y AHORA

MANIOBRAS

¿Empeora la cuestión de Gibraltar? Más bien podría decirse que agrava el estado de la opinión pública española, que, gracias a sabias medidas terapéuticas, apuntaba hacia la mejoría. El problema de la Roca ha pesado y pesa, con sobrada razón, sobre la conciencia nacional desde el día siguiente a su pérdida. Por ello mismo, la distensión hispano-británica que siguió al cambio de Gobierno el pasado otoño y a un inteligente viraje en la táctica española sobre la cuestión nos pareció especialmente digna de aplauso. La perenne reivindicación española no necesita rayar en lo grotesco para ser sincera y, en lo que cabe, eficaz.

Mejorada la situación de esta forma, sectores de la Prensa nacional reaccionan violentamente ante el sólo anuncio de unas maniobras navales británicas y reclaman el retorno a una política de gesticulación. De nada sirven, según algunos de nuestros más autorizados diarios, las buenas formas ante la dolorosa provocación y con ello se propone el abandono de las mismas, importante innovación de la diplomacia española al tratar durante los últimos meses de este tema.

Una política de fuerza requiere previamente la fuerza, y éste es un tema ya abordado y por abordar en estas páginas. Pero, además, la indignación de la Prensa nacional carece en esta ocasión de fundamento. Es realmente criticable la presencia militar británica en Gibraltar, pero es lógico que Gran Bretaña utilice dicha presencia con fines militares. Si alguien entre los vociferantes hubiese ojeado los Libros Blancos anuales que sobre defensa publica el Gobierno británico, sabría que la Roca es una base normal de abastecimiento en unas maniobras gigantes en el Mediterráneo oeste y el Atlántico oriental. El que esa base debiera ser española es otra cuestión, sobre la que no abrigamos la menor duda.

Que el anuncio de las maniobras haya sido precedido de una inusitada comunicación de cortesía al Gobierno español, es un dato positivo a tener en cuenta. Que la fortaleza naval británica en la zona, cuya seguridad, hoy por hoy, los ribereños no están en condiciones de garantizar, redunde en beneficio de la propia España debiera ser un leitmotiv. Que la política exterior inglesa no gire en torno al Estrecho podría hacer comprender a los españoles la diferencia existente entre la propia susceptibilidad y el ajeno ánimo provocador.

Todas estas razones serían suficientes para que la política de apaciguamiento seguida últimamente por nuestro Gobierno, contase con el apoyo nacional, pero nuestro país, como ciertos enfermos de espíritu, gusta de proyectar en un símbolo sus interiores conflictos.

Para una España seria, Gibraltar ha de ser reivindicación permanente, cuya eficacia exige guardar el sentido de la medida y situarla en un contexto general. El problema gibraltareño no es sino un aspecto del grande problema español.

HIERROS Y EMPRESAS PUBLICAS

Uno de los grandes tópicos de la demagogia—demagogia bastante conformista, por otra parte—española, es el de "socialización de las pérdidas". El tópico, probablemente, sobrevivirá largo tiempo, porque las crueles presiones del desarrollo económico proporcionan sobrada ocasión para intervenciones de este tipo.

Ahora, por ejemplo, parece que el Estado va a acudir al rescate de U. N. I. N. S. A., la firma en la que hace pocos años se fundieron las tres Siderúrgicas asturianas. El próximo 14 de febrero, se reunirá la Junta General de Accionistas para decidir la ampliación de capital—previa su reducción por pérdidas—, y, sobre todo, la cesión de la mayor parte de la ampliación al I. N. I., que se convierte en accionista mayoritario.

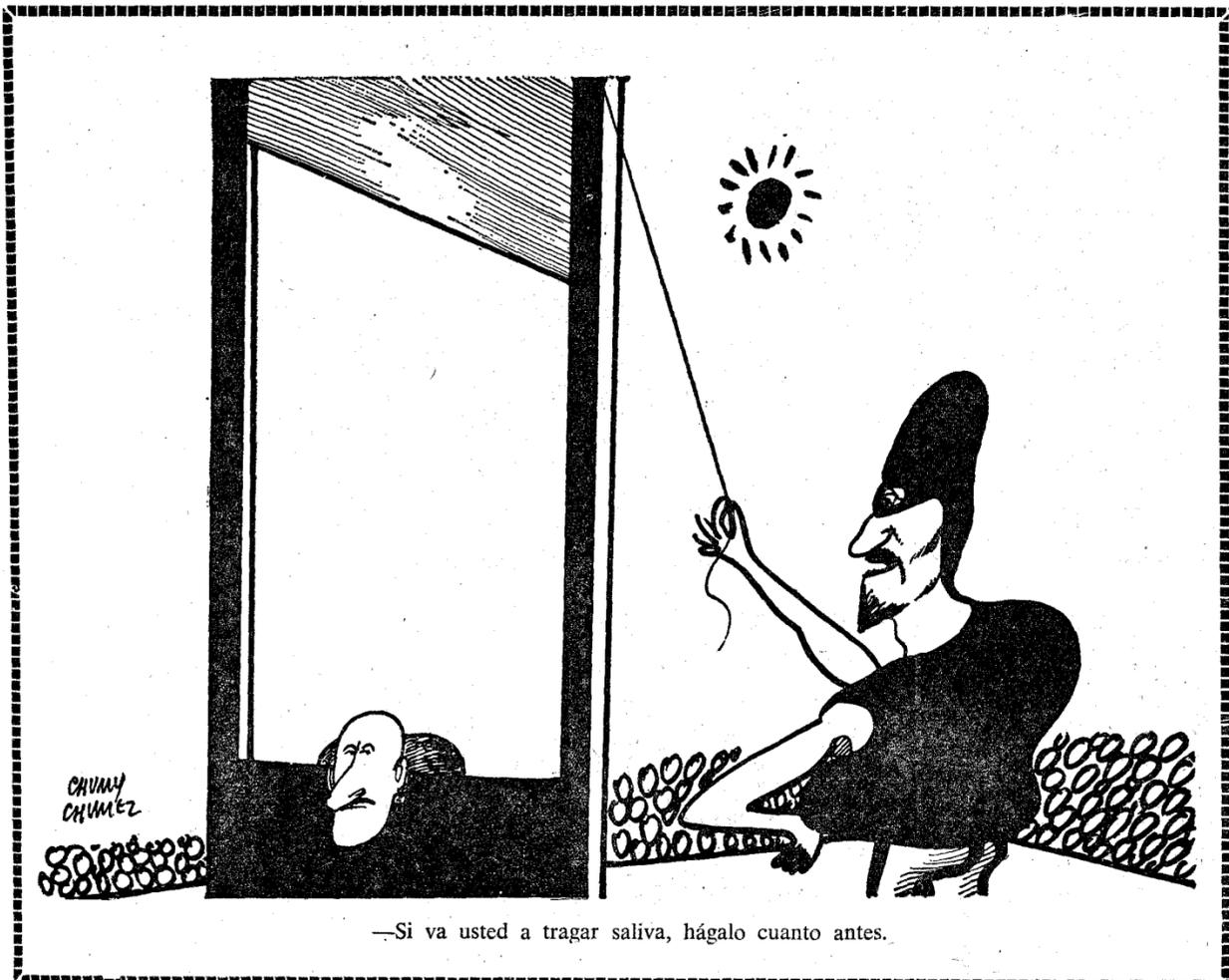
De alguna forma se resuelve así una crisis que era prácticamente inevitable desde la creación de U. N. I. N. S. A. Con escasísimos recursos propios, la Empresa hubo de apoyarse en la financiación pública, y, quizá para hacer más fácil la obtención de estos recursos públicos, se fijaron unas necesidades de inversión demasiado bajas para las instalaciones que se pensaban construir. Con una aportación de 3.000 millones de pesetas, las tres Siderúrgicas que se fusionaron, controlaban una inversión de 17.000 millones, probablemente insuficiente para una planta que iba a producir 1.600.000 toneladas métricas de acero. Las pérdidas por operación en los años siguientes, la devaluación de la peseta y el desarrollo de las obras han llevado a la Empresa a tal situación financiera que se ve obligada, ahora, a lanzarse en manos del Estado. Y éste, a través del siempre dispuesto I. N. I., se ve obligado a recogerla.

Nos encontramos ante las consecuencias de una cierta actuación empresarial, y de un cierto planteamiento financiero. Pero, tal vez, nos encontramos también ante las consecuencias de una cierta política. En algún momento, en los últimos años, se planteó—o debió plantearse—la alternativa entre Siderurgia privada y Siderurgia nacionalizada, y se resolvió en el primer sentido. O, mejor dicho, se trató de resolver por la peculiar vía media de la Siderurgia concertada, en la que la dirección continuaba en manos privadas—sometidas, por supuesto, a ciertos controles administrativos—, pero una parte sustancial de los fondos provenían del Sector Público.

Este "cara yo gano, cruz pierdes tú", ha permitido a los grandes intereses siderúrgicos lanzarse a una expansión en la que, si los planteamientos técnico-económicos son, por lo menos dudosos, los planteamientos financieros son deplorables.

Tan deplorables como para llevar, al fin, y por caminos tortuosos, a una nacionalización con más ventajas que inconvenientes, en cuanto que elimina lo que de elección del terreno—geográfico, técnico y financiero—hubiera supuesto para el I. N. I. una Empresa desde su comienzo estatal. Ahora le toca a U. N. I. N. S. A. ¿Cuál será la siguiente Empresa—siderúrgica o no—al borde del desastre que pase, a través del I. N. I., a ser de todos los españoles?

JUAN RUIZ



—Si va usted a tragar saliva, hágalo cuanto antes.